

Decadencia de la Unión Soviética⁽¹⁾

George W. Herald

DE MOSCÚ: El 27 de julio pasado, los visitantes a los Juegos Olímpicos presenciaron un inesperado espectáculo. Un largo cortejo fúnebre recorrió las calles de Moscú acompañando al poeta-cantor Vladimir Vysotsky hasta su última morada. Vysotsky, quien era conocido como el «Jacques Brel ruso», había muerto de un ataque al corazón a la edad de 46 años. Sus discos se podían conseguir sólo clandestinamente, porque la mayoría de sus canciones eran consideradas subversivas. La principal razón por la cual no había sido enviado a un campo de trabajo forzado era que su esposa, la actriz cinematográfica francesa Marina Vlady, tenía importantes conexiones. Ahora, diez mil jóvenes en *blue jeans* le rendían un último tributo. Aunque la policía sabía que el cortejo era una demostración contra el régimen, no se atrevió a dispersar a los dolientes. Para los turistas que presenciaban la escena, semanas antes de los acontecimientos en Polonia, era ello una prueba tangible de que la sociedad soviética se encuentra profundamente enferma.

El generalizado malestar tiene como causa la creciente convicción del hombre común soviético de que el sistema bajo el cual vive, es una farsa siniestra. Allá por 1912, el sociólogo británico Hilaire Belloc predijo, en su libro «*The Servile State*» («El Estado Servil») «Es cada vez más evidente que cualquier intento de transformar el capitalismo en colectivismo no resultará de ninguna manera en colectivismo, sino en algo que los colectivistas jamás imaginaron. Esta otra cosa es el Estado servil, un Estado en el cual las masas humanas serán obligadas por la ley a trabajar en beneficio de una minoría»

Burócratas soviéticos

Esta descripción hecha cinco años antes de la Revolución Soviética, se ajusta perfectamente al mundo comunista moderno. Mientras la propaganda del partido habla constantemente de igualdad, la Unión Soviética y sus satélites se encuentran entre los países menos igualitarios de nuestro tiempo. Oficialmente, la diferencia entre el salario mínimo y el máximo es de uno a 2,6. Pero el autor disidente Roy Medvedev calcula que la verdadera brecha es de uno a 30.

Según parece, los trabajadores polacos quedaron profundamente impresionados por el caso de Mujséj Szepanski, un íntimo amigo del exlíder Edward Gierek, quien hasta hace poco desempeñaba el cargo de director de la Televisión Estatal Polaca. Cuando estaba en el pináculo de su poder, Szepanski tenía el usufructo de 10 residencias privadas, incluyendo una granja de casi 13 hectáreas para la explotación de ganado lanar, una villa con una piscina con fondo de espejo y un lugar de descanso en una isla griega. Los trabajadores se sintieron aún más sorprendidos al enterarse de que el camarada se trasladaba de una a otra de estas propiedades en yates y aviones privados y que tenía un harén de *masseuses*, más una colección de 900 *videotapes* pornográficos. Sin embargo, su caso, aunque llega a límites extremos, sólo refleja la difundida tendencia al parasitismo entre la élite comunista en el poder.

El presidente Leonid Brezhnev es conocido, desde hace tiempo, por su inclinación a los automóviles de lujo y su fascinación por los Rolls-Royce y Ferrari. Su hijo Yuri fue visto este verano en el Hotel Punta Rossa (80 dólares diarios de alojamiento) sobre la playa de San Felice Circeo, un aristocrático balneario al sur de Roma. Oficialmente se encontraba en misión comercial, pero pasó la mayor parte de su tiempo bebiendo champagne en el club nocturno del hotel y dando fastuosas fiestas a bordo del yate alquilado *Denphir*. Tales ejemplos sirven de pauta para otros menos elevados *apparatchiks*.

Cuando el periodista británico Frank Giles entró en uno de los mejores restaurantes de Moscú, lo encontró repleto de acicalados burócratas soviéticos y sus acompañantes femeninas luciendo vestidos confeccionados en Budapest y Helsinki. Saltaban y se contorsionaban a los sonos de una música interpretada por una orquesta de *jazz*, a la que le pidieron repetir una media docena de veces una composición norteamericana llamada Money, money, money, It's a rich man's world (Dinero, dinero, dinero, éste es el mundo del rico).

¿Quiénes son estos llamados comunistas que parecen creer que Marx y Engels fueron una pareja de comediantes de Hollywood? Pertenecen a un grupo privilegiado, que el Kremlin ha designado con el término de la *nomenklatura*. Adaptada del latín, esta palabra designa a una especie de quién es quién, en el que están incluidos todos los ministros, altos funcionarios estatales y del Partido, oficiales de alto rango del ejército y la policía, diplomáticos, jefes de distrito, regentes, gerentes agrícolas e industriales, hombres de ciencia, académicos, directores de televisión, editores, artistas y productores cinematográficos, patrocinados por el gobierno soviético. Junto con sus familias totalizan alrededor de tres millones de personas, o sea, menos del uno por ciento de la población soviética de 253.261,000 habitantes.

El exprofesor de la Universidad de Moscú, Michael Voslensky, quien fuera miembro de este grupo, acaba de publicar un libro llamado *The Nomenklatura* (Edición Pierre Belfond, París, 1980), en el cual explica:

Los favoritos

«Aun dentro de esta élite se mantiene una estricta jerarquía. Por ejemplo, en el Kremlin hay elevadores que sólo pueden ser usados por unos pocos altos dignatarios provistos de llaves especiales. Se les evita así la molestia de tener que mezclarse con subordinados al subir a sus oficinas. Las personas de alta jerarquía también tienen comedores separados, mientras que los funcionarios de segunda categoría pueden tomar sus alimentos en la cantina del Kremlin, 2 Uliza Granovskogo. Por una cuota mensual de 70 rublos (alrededor de 110 dólares) se les sirven comidas diarias que incluyen caviar, esturión y los más delicados vinos caucásicos. Por añadidura, sus esposas tienen derecho al llamado *kremliovka*, una canasta de alimentos seleccionados que pueden conseguirse todos los días en el establecimiento. Por lo general, las señoras no van personalmente, sino que mandan a sus choferes a retirar sus mercancías».

En contraste con el ciudadano común, que sólo tiene dos semanas de vacaciones al año, los nomenklaturas tienen derecho a cuatro semanas, más el tiempo para viaje. Reciben una «prima para curación» de 450 rublos (alrededor de 750 dólares) por persona, aunque las

atenciones que reciben no les cuestan un *kopek*. Además de un mes extra de salario anual, los favoritos del régimen reciben todos los meses un llamado «paquete», un sobre lleno de billetes, que constituye un suplemento directo a sus salarios oficiales. Mientras que *al común Iván* se le asigna un espacio habitacional de aproximadamente 7.5 metros cuadrados, los miembros de la *nomenklatura* son automáticamente alojados en espaciosos apartamentos con teléfono privado y servicio doméstico pagado por el Estado. Sus *datchas* (casas de campo) están situadas en lugares bellamente urbanizados no accesibles al público y pueden comprar cámaras fotográficas, relojes, perfumes, cigarrillos y toda clase de aparatos eléctricos para el hogar en tiendas especiales. Son los únicos a quienes se les entregan pasaportes para viajes de placer al extranjero y usualmente retornan cargados con toda clase de artefactos occidentales, que pueden vender en el mercado negro. Voslensky, quien ha podido establecer una comparación, afirma que el estilo de vida de estas personas es mucho más lujoso que el de familias similares de Occidente.

El otro 99 por ciento de la población soviética puede ser dividido en cinco categorías:

1. *Empleados estatales y del Partido*. Cifras publicadas por la *Ekonomicheskaya Gazeta*, el 2 de abril de 1980, muestran que 27 millones de personas figuran en las nóminas de pago del Gobierno, del Partido, de los Soviets, de los sindicatos y del *Komsomol* (movimiento juvenil). De ellos, 10 millones son miembros del Partido. En total, el Partido tiene 17.193,376 afiliados, lo cual significa que hay muchas otras personas ingenieros, capataces de fábricas, maestros, gerentes agrícolas que consideran útil para su carrera ingresar al Partido. La membresía total representa un 9.3 por ciento de la población del país.

2. *Obreros industriales comunes, cuyo empleador es también el Estado*. Sus trabajos les son asignados por el Estado; no pueden declararse en huelga contra éste; no pueden cambiar de empleo o viajar de un lugar a otro sin permiso previo.

3. *Trabajadores cuya condición es aún peor*. Este es el caso de aquellos que son transferidos por decreto a algún remoto lugar en Siberia en condición de pioneros.

4. *Soldados rasos del Ejército Rojo*. Deben servir por un período de dos años, pero sólo una pequeña parte de ese tiempo se dedica a instrucción militar; se los usa como mano de obra barata en aquellas tareas que en Occidente a menudo realizan los trabajadores inmigrantes, tales como: excavaciones y mantenimiento de carreteras.

5. *Reclusos en el Gulag*. Su trabajo forzado es el último recurso del sistema económico soviético. No es cierto que los presidiarios de los *gulag* sean principalmente intelectuales disidentes. La mayoría de los deportados son obreros y campesinos. Por cada Solzhenitsyn hay miles de trabajadores manuales en los campos.

El trabajo de todas estas categorías sociales sirve, sobre todo, para satisfacer las necesidades de la *nomenklatura* y complacer sus menores caprichos.

El filósofo francés Jean Elleinstein, un comunista desilusionado, comentó: «En Occidente, los capitalistas obtienen sus ganancias directamente de la empresa privada. En la Unión Soviética, el Estado percibe los beneficios y redistribuye la parte del león entre los miembros de una pequeña élite de privilegiados. Ellos, por supuesto, no admiten que esto

sea cierto. Se avergüenzan de sí mismos, porque su conducta está en abierta contradicción con las ideas que les enseñan a sus compatriotas. Nunca ha habido una diferencia más cínica entre lo que una clase dominante predica y la realidad de su dominación».

Como consecuencia, la gente de la *nomenklatura* hace todo lo posible para ocultar sus privilegios. Las columnas periodísticas de chismografía social serían inconcebibles en la Unión Soviética. La censura elimina severamente todas las noticias concernientes a la vida privada de la clase dirigente. Al mismo tiempo, se le dice constantemente al pueblo que debe estar contento con lo que le toca, porque la vida en Occidente es un infierno para los trabajadores. Para sostener este mito se mantienen herméticamente cerradas las fronteras. Incluso las visas a los países satélites se otorgan sólo a los pocos favorecidos. A los turistas extranjeros, que entran al país en automóvil, se los obliga a seguir determinadas carreteras sin ver jamás un pueblo o un *koljóz*.

-- Continuará

(1) Bajo el título de «Decadencia de la URSS» apareció en la Revista Visión el 20 de Octubre de 1980, el presente artículo que en este número reproducimos parcialmente con su autorización.